

Resumo: Palestra apresentada em Roma, num encontro da associação Carità Política, como comentário a uma conferência do cardeal PAROLIN, atual Secretário de estado do Vaticano, proferida em 2008, com o título: “A diplomacia como arte da esperança”. O comentador procurou conjugar a doutrina magisterial recente da Esperança como virtude teologal com o sentido das esperanças humanas no contexto plural da sociedade internacional. Reflete sobre os seguintes temas: 1. Um mundo complexo e fragmentário. 2. A diplomacia no contexto da cultura pós-moderna. 3. A espiritualidade do trabalho diplomático.

Abstract: This is a speech delivered in Rome, during a meeting of the Carità Política association, as a brief comment to a conference delivered in 2008 by Cardinal PAROLIN, now Secretary of State of the Vatican. That conference had a similar title: “Diplomacy as an art of hope”. The commentator tries to conjugate the recent magisterial doctrine about Hope as a theological virtue, with the meaning of the human hopes in the plural context of the international society. With this aim, he reflects about: 1. A complex and fragmentary world. 2. Diplomacy in the context of post-modern culture. 3. Spirituality of the diplomatic work.

Diplomacia y el arte de la esperanza

*Daniel Ramada Piendibene**

* O autor é Mestre em Sociologia e Ciências Políticas, Montevideo, Uruguay, 1971; Mestre em teologia, Fribourg, Suíça, 1985; foi Professor no ITESC, Florianópolis, e na PUC, Curitiba, 1988-1992; Diretor do ITESC, 1988-89; é Embaixador do Uruguay junto à Santa Sé, residindo em Roma desde inícios de 2012.



Caro Profesor Alfredo Luciani:

Es para mí un honor, y al mismo tiempo una alegría, responder a vuestro pedido de hacer un breve comentario sobre la ponencia que el flamante Secretario de Estado de la Santa Sede, S. E. Mons. Pietro Parolin, realizara en noviembre de 2008, con ocasión de un encuentro de *Carità Politica*, sobre *la diplomacia y el arte de la esperanza*.

Antes que nada se trata de una exposición que conjuga en forma profunda y armónica la doctrina magisterial reciente sobre la esperanza como virtud teologal, con el sentido de las esperanzas humanas en el contexto plural de la sociedad internacional. Inscribe, además, la tarea diplomática, en el marco teológico que funda la acción eclesial y al mismo tiempo subraya los ejes que orientan la labor profesional de quienes la ejercen desde una opción confesional cristiana.

Un mundo complejo y fragmentario

En continuidad con el texto recibido y como fruto de la reflexión que motivó su lectura, quiero centrarme en la tarea del diplomático ante el desafío de la llamada sociedad multipolar y en especial de la complejidad internacional en la fase de posmodernidad que sucedió a la Guerra fría. La reflexión será breve, casi al límite de lo esquemático, dada la pequeña dimensión asignada a los textos solicitados.

Gaudium et Spes enseñaba, hace casi cincuenta años, que “los gozos y esperanzas, los dolores y las angustias los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo.”¹ Este texto, mayor, del Concilio Vaticano II, leído, meditado y repetido casi como una letanía por este “discípulo de Cristo”, sigue suscitando nuevas reflexiones.² Veamos algunas:

Para fundamentar que sí existe un *espíritu del Concilio* – o al menos existió y debería seguir siendo cultivado – subrayo con frecuencia a

¹ GS, nº 1.

² En un trabajo reciente, “El desafío epistémico de *Gaudium et Spes*”, he analizado algunas de las consecuencias doctrinales que se siguen de la irrupción del paradigma posmoderno en relación con el contexto cultural que rodeó a los padres conciliares del Vaticano II. La perspectiva actual no sólo no cancela las afirmaciones textuales del Concilio sino que exige, precisamente, una lectura que tome en cuenta su alcance disciplinario en el plano epistémico.



colegas e interlocutores que el texto original del célebre *Esquema XIII* comenzaba diciendo *Gaudium et luctus*.³ Esta formulación fue modificada a posteriori para que el nombre de la Constitución reflejara el mensaje de esperanza que movía a los Padres conciliares y que Pablo VI definió, pocas horas después de su solemne promulgación, como una visión *deliberadamente optimista del hombre*.⁴

Por otro lado, los hombres de este tiempo posmoderno, en cierto modo, no viven en la misma sociedad de los hombres de aquel tiempo entre los que, por razones generacionales, también yo me contaba en el lejano 1965. “Nuestro tiempo” en las palabras del Concilio alude a un mundo que, de alguna manera, ya no existe más. Sin embargo, “los pobres y cuantos sufren” no sólo siguen existiendo, en realidad se han multiplicado sobre la faz de la tierra.

En 1967 Herbert Marcuse reflexionaba sobre “El fin de la utopía”⁵ y en 1992 Francis Fukuyama nos anunciaba “El fin de la Historia”.⁶ Entre tanto Ernst Bloch⁷ y Karl Mannheim,⁸ desde sus tiempos, habían interrogado a los hombres de aquellas generaciones sobre la relación entre ideología, utopía y esperanza. La esperanza, como virtud teologal, pasaba a desdoblarse en el terreno secular y político. Moltmann se sumó a la reflexión desde el ángulo de la dogmática protestante⁹.

Sin embargo, terminada la guerra fría el mundo bipolar se fragmenta en multipolaridades que sumergen a la sociedad en una nueva era, llamada global, en la que el método discursivo de la comunicación escrita como eje principal de reproducción cultural y civilizatoria pasa a ser desplazado por el mundo de las imágenes, un bombardeo icónico de todo tipo de informaciones – no importa si verdaderas o falsas, pertinen-

³ *Gaudium et luctus, spes et angor hominum huius temporis*.

⁴ “Verum id est aperte fatendum, nostrum hoc Concilium, cum suum fecerit de homine iudicium, magis in serena hac eius fronte quam in tristi contuenda esse versatum; in quo quidem res omnes in *optimam sane partem scienter esse interpretatum*. [...] ut Concilium, non infaustis usum omnibus, sed nuntiis spei ac fiduciae verbis, huiusce memoriae homines alloqueretur.” Pablo VI; *Homilia ad Patres conciliares habita a Summo Pontifice, missae concelebratione peragente, in ultima Œcumenicae Synodi publica sessione* (subrayado del texto: nuestro).

⁵ MARCUSE, Herbert; *Das Ende der Utopie*, Berlín, 1967.

⁶ FUKUYAMA, Francis; *The End of History and the Last Man*, New York, 1992.

⁷ BLOCH, Ernst; *Geist der Utopie*, Munich, 1919.

⁸ MANNHEIM, Karl; *Ideologie und Utopie*, Bonn, 1929

⁹ MOLTSMANN, Jürgen; *Theologie der Hoffnung, Untersuchungen zu Begründung und zu den Konsequenzen einer christlichen Eschatologie*, Munich, 1964.



tes o impertinentes, reales o adulteradas por programas informáticos de procesamiento gráfico, convenientes o inconvenientes para públicos de temprana edad – que llegan desde los más diversos ángulos y aparatos electrónicos en “tiempo-real”.¹⁰ Se trata de una cultura, sincrónica, del impacto sensorial directo en un puro presente. Tiempo real equivale a un cúmulo de flashes y momentos sucesivos que no vienen de una memoria ni dejan huellas más allá de su fugacidad. En realidad no dejan huellas en la incorporación del conocimiento como proceso diacrónico, pero sí dejan heridas que pueden ser profundas.

Carl Gustav Jung decía que la etimología es el camino que lleva de la palabra al arquetipo. El método discursivo de incorporación del conocimiento mediatizaba el impacto visual mediante el filtro de los conceptos. El nivel profundo, arquetípico, quedaba protegido por un itinerario epistémico donde la decodificación era mediatizada en términos semánticos mediante el proceso lingüístico, oral y escrito. En cambio en el aprendizaje icónico – que para los niños de este tiempo comienza antes incluso de desarrollarse el lenguaje hablado – el mensaje visual y auditivo impacta inmediata y directamente en el plano profundo, simbólico, arquetípico.

Finalmente, la multipolaridad posmoderna parece esconder cierta mono-polaridad centralizada en el poder financiero. De hecho una simple noticia virtual generada en un diminuto puñado de agencias evaluadoras de riesgo – nuevamente: verdadera o falsa, transparente o camuflada, consistente o manipulada a través de variables sobre o sub calificadas– trae como consecuencia instantánea (“tiempo real”) la quiebra de bancos, la caída del empleo en países o empresas, el crecimiento de la pobreza y aún la miseria en las periferias reales del sistema social, que durará hasta que los mismos centros consideren que es oportuno decretar o declarar la finalización del ciclo. El fin de las utopías – que supongo irreversible como proceso civilizatorio – trae la fragmentación y hasta la banalización de las esperanzas.

¹⁰ Surge la pregunta: ¿Aquel tiempo conciliar de los “hombres de nuestro tiempo” no era real? Quizás a la adulteración de las informaciones icónicas haya que agregarle un adulterio lingüístico por corrupción del campo semántico.



La diplomacia en el contexto de la cultura posmoderna

Se acaba de enumerar algunos de los desafíos del momento (*kairós*) que le toca vivir al diplomático en el mundo contemporáneo. Ahora bien ¿es posible ejercer la función de mediación y proyección hacia el acuerdo de partes en un universo de interacción entre sujetos de derecho marcado por la inestabilidad, el vértigo y hasta la fugacidad? Pienso que sí. Sin embargo hay que descubrir el cómo.

El tiempo de la guerra fría, de la bipolaridad, dejó marcas y cicatrices en nuestro modo de vivir y de percibir la realidad social y política que se reflejan en un tipo de cultura aún portadora de reflejos heredados de la era bipolar. Es necesario superar este marco de incorporación de los fenómenos y sanar las heridas que dejó la fase civilizatoria del desarrollo mediante la guerra o la confrontación.

Lo más relevante – urgente e impostergable – es, a mi juicio, dejar atrás como instrumento analítico un paradigma de confrontación donde la alteridad es concebida en términos de choque de antinomias. Se trata de una precepción, sincrónica, que opera sobre el siguiente mecanismo: el éxito de una parte y su realización depende de la derrota, la postergación o la renuncia de otra parte o del resto del sistema. Más aún, puede llegar a imaginar la supresión identitaria y hasta física del otro, sea en el nivel personal sea en el colectivo, como presupuesto de desarrollo de las sociedades.

Si observamos un poco más detenidamente el fenómeno, esta convicción constituye mucho más un presupuesto paradigmático (por no decir un prejuicio) que un dato de la realidad. Fomentar el bien común a través de una cultura del encuentro pasa por desactivar en las sociedades y en sus dirigentes o personeros esta convicción fundada en una óptica obsoleta de percepción y convivencia.

Por suerte la capacidad de destrucción masiva, total, de las armas nucleares, llevó a las sociedades a tomar consciencia que una guerra mundial equivale a la destrucción inevitable de los contendientes. Sin embargo, el fin de la guerra total no canceló el reflejo bélico. Identificar “diferente” con “obstáculo” o “adversario” con “enemigo”, permanece frecuentemente como premisa analítica. La aniquilación del otro pasó a las guerras de “baja intensidad” y, con frecuencia, a la destrucción – icónico-virtual – de la identidad de quienes se oponen a los poderes



monopólicos, sean éstos mediáticos, financieros o corporativos. Más allá de juicios de valoración política, en general inconvenientes por su potencial dimensión polémica, el diplomático puede comenzar su trabajo mostrando la limitación de los marcos en el terreno analítico. Su tarea crítica se debe orientar a los presupuestos que anteceden el diagnóstico de situación.

El siguiente paso en su labor de artífice del encuentro, es mostrar la deficiencia que implica la identificación a priori de alteridad con rivalidad o enemistad. Que cada uno de los otros que nos rodean – sean personas, sean naciones, culturas, sociedades o sujetos de derecho y organizaciones jurídicas colectivas – constituyan entes diversos, diferentes en aspectos variados y hasta profundos, no quiere decir que sean, *ex-officio*, obstáculos, adversarios o enemigos. El primer reflejo del diplomático ha de ser buscar los ámbitos de coincidencia como punto de partida para establecer una relación convergente.

Educar para la negociación responsable significa comprender que no existen problemas insolubles. Existen problemas mal o deficientemente planteados, a veces, quizás en forma subrepticia o deliberada, para disimular conflictos de intereses. Cuando un conflicto se presenta bajo la apariencia de la insolubilidad, fuera de la confrontación de antinomias excluyentes, lo que hay que revisar son las premisas que estructuran su formato.

Otro terreno donde es necesario superar una percepción deficiente, es el que funda el binomio consumo-satisfacción. El trabajo diplomático pasa aquí por generar la consciencia de que la búsqueda, mediante el consumo, de una satisfacción inmediata del impulso de posesión de un objeto que estimula el plano subjetivo y arquetípico – análogo a la inmediatez de la circulación de impactos sensoriales visuales y sonoros en tiempo real – debe considerarse una de las principales causas del actual desequilibrio ambiental.

Un mecanismo económico de funcionamiento de la sociedad basado en la producción de bienes orientados a satisfacer por fugaces instantes impulsos primarios – incluso inducidos y fomentados mediante la imagen – pero destinados a su inmediato descarte, exige a la naturaleza un esfuerzo incompatible con los tiempos de reconstitución de los equilibrios biológicos. Paradójicamente, aún en su propia dinámica, el binomio consumo-descarte termina generando insatisfacción espiritual por agotamiento o saturación del estímulo psicológico. Nadie ignora,



además, que por esta vía entran otros mecanismos substitutivos como el alcohol, el juego, la drogadicción, etc.

En este aspecto, la cuantificación estadística de ingreso y consumo como indicadores básicos de desarrollo puede ser revisada. El diplomático debe convertirse en agente de persuasión entre sus pares y en el nivel de los organismos multilaterales de negociación mostrando la inconveniencia, para todos, de agredir la naturaleza como mecanismo de inclusión social mediante la movilidad vertical por posesión de objetos destinados rápidamente al olvido, el descarte o la destrucción.

Por último una breve mención a la espiritualidad del trabajo diplomático.

Una práctica que deje atrás el reflejo de la destrucción o supresión de la diversidad debe encontrar el camino para fundar su propuesta de encuentro en un nivel de raíces, a la vez, antropológicas y teológicas. Sin confundir ni separar. El aporte, en este caso cristiano, al trabajo diplomático en este plano pasa, tanto por el conocimiento de la propia identidad, como por el respeto de la ajena. Llegar a ser artífice del encuentro significa ascesis. Supone cultivar el desprendimiento o “indiferencia” en relación a los medios. Saber distinguir entre triunfo y servicio, entre éxitos y resultados, entre principios abstractos y situaciones humanas, entre el bien común y el sufrimiento empírico. El diplomático cristiano se alimenta de la permanente contemplación en la acción que busca en el compromiso histórico – irrenunciable pero frágil, provisorio y pasajero – los signos de una Alianza *sub specie æternitatis*. En pocas palabras: vocación y respuesta, discernimiento y disponibilidad, firmeza y humildad, renuncia a su propia gloria en busca de la mayor gloria de su Creador y Señor que lo llama a hacer visible y audible el dolor de los que no tienen voz.

Todos los seres humanos tenemos aspectos, opiniones y valores en común. Así sean mínimos, ellos constituyen la única base sólida para encarar el camino del encuentro. En realidad la experiencia muestra que las áreas de convergencia son mayores de lo que estamos acostumbrados a suponer. Allí hay siempre un punto de partida practicable.

Dada la brevedad exigida, baste decir que para cultivar la esperanza como instrumento del arte diplomática es necesario educarse en la percepción diacrónica de la realidad que nos rodea recuperando en la dimensión colectiva del imaginario social, una visión a la vez totalizadora



y plural. En el mundo actual, secularizado, fragmentario, diverso y global, éste puede ser un camino viable para desarrollar, mediante el ejercicio de una auténtica actividad diplomática, la cultura del encuentro. De ello debemos ocuparnos, también, como formadores de futuros colegas.

Roma 22 de noviembre de 2013

Endereço do Autor:

Via Antonio Gramsci, 9

00197 ROMA, Italia

Email: daniel.ramada@mrree.gub.uy